

DE PERSONAJES Y DEMIURGOS

La primera vez que me convertí en personaje literario fue sin darme cuenta. Poe -¡Dios lo bendiga, a pesar de lo que me hizo!-, conocedor de mis virtudes y mis vicios, me escogió como protagonista de su cuento *Berenice*; me transformó en una dama espectral y enfermiza, en una de sus Musas muertas, y ése fue mi primer error.

A partir de ese momento, incluso desde las primeras galeradas, fui presa fácil de buscadores obsesivos de belleza decadente y de dentaduras de mármol perfectas y nacaradas.

Tras meses, incluso años, de terror, pude escapar de un deshollinador perturbado del West End que me acosaba por los callejones oscuros y mugrientos cercanos al Támesis, gracias a la inesperada intervención de una ebria y narcotizada Virginia Wolf. Me vistió con los ropajes isabelinos más suntuosos y me convirtió en un Orlando ambiguo y transfigurado. ¡Y eso que yo siempre he tenido mi sexualidad muy definida! Disfruté del personaje hasta que aquel 28 de marzo de 1941, mi creadora se puso su abrigo de lana rizada y su sombrero de flores secas, llenó sus bolsillos de cantos rodados y piedras del camino, y se lanzó al río Ouse, como una sirena bipolar buscando el descanso en el abismo de las aguas primigenias.

No era mi primer suicidio. He sido la musa de otros escritores que abandonaron este mundo por su propia mano y voluntad, pero esta desaparición sí marcó con fatalidad mi sino de habitante de los libros.

Me vi obligada a especializarme en personajes marcados por un destino trágico o por una muerte truculenta en los relatos de terror de la época. Si ustedes supieran... Incluso llegué a encarnar a la *Carrie* de Stephen King.

¡Fue demasiado! Tardé días en quitarme aquel olor hediondo a sangre de cerdo sobre mi pelo y mi piel.

No podía más. Era indispensable dar un giro a mi carrera y elegir personajes de mayor complejidad psicológica. Mi sueño era protagonizar una novela de un futuro premio Nobel, quizás de un turco u oriental desconocido...

Pero me recolocaron en la sección de Narrativa Hispanoamericana: protagonicé algún cuento de Borges, ejercí de personaje secundario en varias novelas de Vargas Llosa y, hasta en una ocasión me dedicó sus versos Benedetti. Pero ni un solo éxito comercial durante esos años; ni Macondos ni Rayuelas.

Bastante afectada por este fracaso literario, presenté una queja muy encendida en la Asociación de Personajes Literarios y Artísticos, creyendo ingenuamente que, debido a mi curriculum y prestigio pasado, volvería a la primera fila de los personajes literarios europeos – debo reconocer que siempre he envidiado a la colegiada número 238 de la Asociación, esa arrogante austríaca que ha ejercido de Emma Bovary, de Molly Bloom y de la Antígona de Anouilh, entre otras, y que actualmente es la verdadera Lisbeth Salander-; pero todo fue en vano.

La mano negra que me persigue desde mis inicios no paró hasta recluirme en las novelas de templarios y santos giales, de conspiraciones religiosas y aventuras en Tierra Santa. Y aquí sigo, desentrañando códigos bíblicos, cátaros y masónicos en busca de tesoros espirituales del pasado.

Pero no aguanto más. Creo que ha llegado el momento de abandonar este género de masas y convertirme en mi propio Demiurgo: escribir por primera vez mi historia y elegir mis retazos vitales. Si no lo consigo, siempre me quedarán ustedes, escritores de verdades y belleza, amigos que me reservarán un pequeño papel entre las páginas de sus relatos.

COLEGIADA N° 412